

Jerónimo López Mozo

Cúpula Fortuny

Edición de Francisco Gutiérrez Carbajo

Colección
El Teatro Puede



HUERGA & FIERRO
e d i t o r e s



JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

Cúpula Fortuny

*Luciano Miras no es Cipriano de Rivas Cherif
ni el penal de Alhama es el de El Dueso
pero se parecen.*

*

PERSONAJES

LUCIANO MIRAS

CORREA, funcionario de prisiones

SOR MARÍA

JUAN LORA SÁNCHEZ, director del penal

PLAUSTA, recluso

CEPEDA "EL CORONEL CHATARRA"

JORGE VILLAR, recluso

JUAN BELTRÁN, recluso

VICENTE CRESPO, recluso

MIGUEL SORIANO, recluso

ANTONIO AYORA, recluso

LOLA CAÑETE, actriz

MINISTRO DE JUSTICIA

RECLUSOS, GUARDIAS, FUNCIONARIOS DE PRISIONES Y AUTORIDADES PENITENCIARIAS.

*

PRÓLOGO

Septiembre de 1942. Prisión franquista de Alhama. Galerías. Muros altos. Garitas de vigilancia, nido de ametralladoras y torretas con reflectores. Completan el paisaje carcelario los reclusos que cumplen condena en él, algunos comunes y, los más, representantes del bando perdedor de la Guerra Civil. Los hay de todas las edades. Inmóviles, semejan piezas de ajedrez, que permanecen a pie firme en los escaques de un imaginario y caótico tablero. Se diría que es una abatida y famélica tropa de supervivientes a la espera del fotógrafo que les inmortalice en un retrato que será la representación más cabal de la aflicción republicana. Unos cuantos lucen uniforme de color café y algunos llevan sobre los hombros pellizas y otras ropas de abrigo confeccionados por ellos mismos con viejas mantas militares. La mayoría, sin embargo, viste de calle. Las prendas, en algún tiempo nuevas y dignas de ser llevadas, hoy no serían admitidas en ningún ropero de caridad. En cuanto al calzado, abundan las alpargatas con suela de goma y las botas sucias y rotas. No más de tres o cuatro llevan zapatos. Uno de ellos recién llegado a la cincuentena, del que pronto sabremos su nombre –Luciano-y apellido –Miras-, representa un aspecto más cuidado y pulcro que el de los demás. Su indumentaria, un pantalón que no es de su talla y, bajo una gastada chaqueta de pana, una impecable camisa blanca.

RECLUSOS.— Penal de Alhama. 15 de septiembre de 1942. Queridos: nuestra caravana dejó la estación, que está a un tiro de piedra, y empezó a subir por una carretera que da una vuelta enorme para llegar a la puerta del centro penitenciario. Ya desatados, caminamos hasta un patio espacioso y soleado...

— Cuando hace sol, que es muy pocas veces.

— El cielo está siempre cubierto de nubes y, el ambiente, invadido de gris.

— ...un patio espacioso y soleado en cuyo centro hay un mástil en el que ondea la bandera.

— Su bandera.

— Dejamos atrás el patio y pasamos junto a una edificación por cuyas ventanas asomaban multitud de reclusos que estiraban sus manos y daban voces para saludarnos. Nos instalaron en una nave llena de camas. Yo tuve suerte y cogí una situada en el rincón opuesto a la puerta de entrada. Dispongo de más espacio que en ninguna de las otras prisiones por las que he pasado. Además, sé por algunos compañeros que el actual director del penal, que llegó hace poco menos de un mes procedente del Dueso, es un hombre comprensivo que sabe ser autoridad y amigo. Se llama don Juan Lora Sánchez. No es dado a los castigos ni a hacer la vida imposible a los internos.

— Ni falta que le hace. De eso se ocupan sus esbirros, con Cepeda, "el Coronel Chatarra", y Ramón Alonso, "el Pistolas", a la cabeza.

— Funcionarios de pacotilla, que lo son en pago a los servicios prestados a la causa nacional. Por acumular más mérito o porque se lo pide el cuerpo, se creen con derecho a humillarnos. El respeto no va con ellos. Son los peores.

— (*Interrumpiendo la escritura*). Eso pasa en todas las cárceles.

— No es un consuelo.

— Por el pitido del tren sé en qué hora vivo. Suena puntual, más puntual que el mejor de los relojes. A la salida, claro, porque, en las entradas, son habituales los retrasos. Cada tren rinde viaje cuando puede y no cuando debe. Otro día os contaré cómo transcurre mi tiempo en este retiro que empiezo a considerar cada vez menos forzoso. Estoy convencido de que para mí la situación es más llevadera que para vosotros. Tanto que, en lo que de mí dependa, estoy decidido a no abandonar Alhama hasta que alcance la libertad. Hasta entonces espero que nada ni nadie interrumpan este epistolario sin correspondencia.

— No has dicho que los barracones son inmundos y húmedos y que aquí los inviernos son muy fríos.

— Tampoco dices ni mu del rancho.

— Es infame y escaso.

— Cien gramos de pan negro intragable por persona y día.

— Los guisos, agua negra y pellejos. Para espesar las judías o las lentejas les dan unos hervores de más.

— No es para eso, es para disimular el olor a podrido.

— Dan ganas de vomitar.

— Pero nos peleamos por esa bazofia.

— Hambre y más hambre.

— El hombre produce escenas de miseria y egoísmo.

— Cuando estoy sentado y me levanto, tengo que agarrarme a otro para aguantar de pie.

— A la familia no se le cuentan ciertas cosas. (*Bajando la voz*). Además, así me aseguro de que la carta llegará a su destino.

— ¡Todo, se cuenta todo, me cago en Dios! Conseguirás que se crean que estás en un hotel de lujo y no en un lugar de aflicción. ¡Este es el infierno! Pon ahí que el domingo, cuando estábamos formados en el patio, se te fue la cabeza y te desmayaste.

— Tuvimos que sacarte de la fila a rastras.

— Los detalles desagradable se dejan para cuando uno ya está fuera.

— El que viva para contarlo.

— ¡Prohibido hablar de muertos!

— Bien dicho. Yo no lo haré.

— ¿Habéis vuelto a las andadas en tu pabellón? ¿No fue allí donde tuvisteis un fiambre sin declarar para poder quedaros con su ración?

— Un infundio.

— Le teníais tapado con una manta, pero olía.

— ¡Basta! Un falangista de mierda que nos tiene ganas, corrió el bulo. Cualquiera día le arranco del uniforme los entorchados y las medallas.

— Yo sí quiero hablar de muertos. De los muertos de cada día. De nuestros muertos. Tengo que hacerlo. Han estado a nuestro lado hasta que se los han llevado o se ha ido. Coincidíamos con ellos en el comedor, en los pabellones, en el patio, en la enfermería, en los talleres. Conversá-

bamos. O solo los conocíamos de vista. Quiero recordar a los que han intentado evadirse y no lo han logrado, a los que no han vuelto de las celdas de castigo, a los que de madrugada son fusilados al otro lado del muro, a los enfermos que se consumen en silencio, a los que no soportan esta vida y se la quitan. El más reciente, ayer.

— ¿Por qué lo hizo?

— Es extraño. Llevaba la cuenta de lo que le faltaba para cumplir la condena. A razón de tres días de redención por cada uno trabajado, le tocaba la condicional dentro de dos meses.

— No ha tenido paciencia.

— El sufrimiento acumulado juega estás malas pasadas.

— El Coronel Chatarra, para joderlo, le dijo que se la denegarían.

— No ha sido el primero que se quita de en medio ni será el último.

— Es un goteo al que nos hemos acostumbrado. Alguien se arroja desde un tejado o se cuelga del cinto. Comentamos algo las circunstancias del caso y pasamos a otra cosa. No supone para nosotros un motivo de preocupación. Tampoco los fusilamientos nos quitan el sueño. Las descargas del pelotón ya no nos sobresaltan como el principio. Las oímos como un susurro lejano. A tal grado de insensibilidad hemos llegado. No quiero que se me contagie tanta indiferencia. Mañana, cualquiera de nosotros puede estar haciéndoles compañía.

Luciano Miras, que ha permanecido en silencio, saca unos lentes del bolsillo superior de la chaqueta y un libro de uno de los laterales. Lo abre por las primeras páginas y lee en voz baja. A medida que la eleva, la de los demás reclusos se van apagando hasta que solo se oye la suya.

MIRAS. — Yo aún no tengo ánimo de huir, cuando a eso vengo. *(Con voz de mujer)*. ¿No es breve luz aquella caduca exhalación, pálida estrella, que en trémulos desmayos, pulsando ardores y latiendo rayos, hace más tenebrosa la oscura habitación con luz dudosa? Sí, pues a sus reflejos puedo determinar, aunque de lejos, una prisión oscura, que es de un vivo cadáver sepultura, y porque más me asombre, en el traje de fiera yace un hombre de prisiones cargado y sólo de la luz acompañado. Pues huir no podemos, desde aquí sus desdichas escuchemos, sepamos lo que dice. *(Levanta la vista del libro y cierra los ojos. Recuperando su tono de voz)*. ¡Ay, mísero de mí, ay, infelice! Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así, qué delito cometí contra vosotros, naciendo. Aunque si nací, ya comprendo qué delito he cometido: bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor, pues el delito mayor del hombre es haber nacido. Sólo quisiera saber para apurar mis desvelos dejando a una parte, cielos, el delito de nacer, qué más os pude ofender para castigarme más.

A poco de iniciada la lectura, ha irrumpido en escena una hermana de la caridad. De mediana edad, llama la atención su aspecto de novicia a punto de procesar. Su jovialidad y desenfado en nada se asemejan a los modales habituales de las monjas de cierta edad hechas a convivir con el sufrimiento ajeno y que, bajo la blancura de las tocas, esconden rostros imposibles. Al pasar junto a Luciano Miras, la religiosa se detiene para escucharle.

MIRAS.— (*Interrumpiendo el recitado*). Lo que yo quisiera saber es cómo puede leer con los ojos cerrados.

Miras los abre y la mira.

MONJA.— (*Con un mohín gracioso*). Le he cortado el hilo. Cuánto lo siento. Perdone.

MIRAS.— (*Sin apartar la vista de ella y tras una breve pausa, declama*). ¿Quién eres? Que aunque yo aquí tampoco del mundo sé -que cuna y sepulcro fue esta torre para mí-; y aunque desde que nací, si esto es nacer, sólo advierto este rústico desierto donde miserable vivo.

Mira cierra el libro.

MIRAS.— ¿Quién es usted?

MONJA.— Una monja.

MIRAS.— No lo creo (*Recitando de nuevo*). Tú, solo tú, has suspendido la pasión a mis enojos, la suspensión, a mis ojos.

MONJA.— ¡Qué sonrojo!

MIRAS.— Cuando te miro más, aún más mirarte deseo...

MONJA.— ¡Oh! ¡Calle, por el amor de Dios! Van a oírle.

MIRAS.— (*Francamente divertido*.) Véate yo y muera, que no sé, rendido ya, si el verte muerte me da, el no verte qué me diera.

MONJA.— Deje de decir disparates. ¡No soy Rosaura!

MIRAS.— ¿Sabe quién es Rosaura?

MONJA.— Sí. No le sorprenda. Estudié Letras en Salamanca.

MIRAS.— Así que en Alhama tenemos una monja ilustrada. ¿De dónde ha salido? No la he visto antes.

MONJA.— Soy nueva.

Una voz femenina reclama a la monja.

VOZ.— ¡Sor María!

MONJA.— Me llaman.

MIRAS.— ¿Se quedará mucho tiempo, Sor María?

SOR MARÍA.— El que ordene la madre superiora.

MIRAS.— A mí me quedan unos cuantos años. ¿Volveré a verla?

SOR MARÍA.— Solo si tiene alguna dolencia. Ayudo en la enfermería.

MIRAS.— Padezco todos los males conocidos. (*Sor María se ríe de buena gana.*) No se ría.

SOR MARÍA.— (*Saliendo.*) ¿Cómo se llama?

MIRAS.— Luciano Miras, para servirla.

Luciano Miras la sigue con la mirada hasta que desaparece. Permanece abstraído. La voz destemplada del Coronel Chatarra le devuelve a la realidad.

VOZ DEL CORONEL CHATARRA. A formar, gentuza.

Luciano Miras guarda el libro en el bolsillo y se quita los lentes.

*